

El amor, esa ave revolucionaria por la mañana y conservadora por la tarde

*Incluso si me decido a hacer una película
sobre un filete de lenguado, sería sobre mí.*

Federico Fellini

Vivía en un hotel barato en plena plaza del Panteón, en el centro de la Orbe, la Ciudad Eterna, Roma, y la conocí. Sí, la vi y no la dejé escapar. El destino había preparado nuestro encuentro en las concurridas escalinatas de la Plaza de España. Deambulaba una tarde calurosa con un amigo australiano hablando de amoríos en las antípodas, cuando su figura se recortó ante mis ojos.

Un mes antes yo había escrito un artículo sobre la casualidad y el destino, y opté por este último, aunque no disponía de ningún argumento rotundo a su favor. En esa época, me sucedió algo terrible, un duro golpe, que me hizo reflexionar. Al principio, sólo me sentía desgraciado y buscaba la compasión de los demás, pero al poco tiempo me di cuenta de que la solución no estaba en llorar o en buscar consuelos y palabras mentirosas para sentirse bien, sino en responsabilizarse por el pasado.

—Tengo que escarbar hasta encontrar la pus y extirparla —me dije.

Di un repaso histórico a mi vida y encontré mucho miedo para lanzarme al aire y volar alto, muy alto, hasta

dar a la caza alcance, como Juan de la Cruz. Me acordé de esa belleza italiana, con una túnica blanca y una naturalidad impactante, que me encontré en un viaje de avión que había mostrado interés en mí, pero con quien por cortedad no hablé. Y se fue de mi vida sin saber qué podría haber supuesto para mí. Había dejado pasar muchas oportunidades en trabajo, amor y compañía. Me arrepiento, sí todo fue mi culpa, mi gran culpa: desaproveché el destino al evitar encuentros por cobardía o pereza, matando de raíz lo que podría haber sido un árbol frondoso en mi existencia.

—Nunca más dejaré que se deslice entre mis dedos una invitación del destino con visos de traerme al amor de mi vida, la capacidad que necesito para ser libre o la meta para la que estoy hecho —sentencié.

De vuelta a la Plaza de España, el pacífico australiano que me acompañaba notó que había dejado de escucharle y me tiró fuerte de la mano. Yo estaba girando mi cabeza en dirección contraria al empuje, para seguirla con mi mirada y casi pierdo el equilibrio en medio de la escalinata romana.

—Perdona, Wayne. No sé cómo explicarte, pero ha surgido una situación de máxima urgencia. No puedo dejar escapar a esa chica —le dije, y me alejé mientras él se quedaba de piedra en juego con la arquitectónica Roma.

Ella caminaba con prisa y una energía inédita. Era una gacela, un león, un avestruz y un avión sorteando obstáculos en un parque de atracciones desvencijado. Yo la seguía a duras penas, mientras me estrujaba el cerebro sobre cómo abordarla. No sabía ni siquiera en qué idioma hablaría, aunque me pareció italiana por yo no sé ahora qué motivo. Tomó la *Via dei Condotti* y llegó a la *Via del Corso*, donde giró a la izquierda. De pronto, nos encontramos en la *Piazza Colonna*, frente a la Columna de Marco Aurelio, y allí se detuvo unos instantes. Sacó un pe-

queño cuaderno y apuntó algo. Miró hacia la columna y luego alrededor, y reparó en mí, porque lo noté. Me sentí atravesado por una tonelada de flechas que me atravesaban, sin dolor, con una sensación de calor intenso. Sí, sus ojos se detuvieron en mi figura, en mi cara, en mi mirada. Luego, se giró bruscamente, tras mantener un segundo de contacto visual conmigo, y eso me dio mala espina.

—No quiere nada conmigo, porque se escapa —me dije.

Comenzó a andar y dos calles después giró hacia la *Via delle Muratte* y mis ánimos subieron al ver la Fontana de Trevi y recordar *La dolce vita* (1960) de Fellini, en especial el baño de la imponente Anika Ekberg, que se fue de este mundo en enero de 2015, a sus 83 años, para acompañar a su irresistible galán en el filme, Marcello Mastroianni, fallecido en 1996. Todos nos habíamos enamorado de ella al verla entrar en esa fuente, con su melena rubia y vestido negro muy escotado y ajustado, y nos habíamos apropiado de ese «*Come here. Hurry up*», dirigido al aparentemente inocente Marcelo Mastroianni, invitándolo a un baño inmortal.

Soñé despierto que ella era «Sylvia» (Anita Ekberg, en ese filme) y que ella, imponente, entraba en la fuente, pronunciaba mi nombre y confesaba que se había fijado en mí desde el primer momento, que sabía muy bien que la estaba siguiendo y que si, por cualquier motivo hubiera desaparecido de su vista, habría levantado todas las piedras de Roma, que son muchas, hasta encontrarme y darme un beso largo e intenso, de película, claro. Esa noche estaba seguro de que mi existencia dejaría de ser de una imposible y dolorosa pasión solitaria en Roma, para convertirse en fuego compartido con mártires romanos, condenados por dar culto al Amor con mayúscula, al eterno juego de deseo, amistad y olvido, que es el enamoramiento cuando sobrevive en el tiempo.